

tiempo con un bombardeo que duró algunas horas de la noche, entregó la ciudad el día 16 de noviembre.

Toda la Pomerania, á excepción de la isla de Rugen que le había sido cedida al rey de Dinamarca, se encontró en poder del victorioso elector de Brandeburgo.

Sin embargo, cuando todo parecía ganado, en realidad todo estaba perdido.

En efecto, mientras en el Norte se afirmaba cada vez mas la preponderancia de las potencias aliadas contra Francia y Suecia, los franceses obtenían una victoria tras otra, con sus armas en los Países Bajos belgas, y en el congreso de Nimega con su diplomacia. Valenciennes, Cambray, Saint-Omer habían caído en poder de sus ejércitos, y habiendo querido Guillermo III de Orange reconquistar la última de estas plazas, fué vencido en la sangrienta batalla de Monte Cassel (11 de abril de 1677) por la superioridad de fuerzas de los franceses mandados por el mariscal de Luxemburgo. En Holanda se aumentaba cada día el descontento por la continuación de una guerra en la cual nada podía ya ganarse y que se esperaba poder terminar sin experimentar pérdida alguna. La política guerrera del de Orange era enérgicamente combatida, pues se decía que las provincias holandesas sólo en interés personal del Estatúder se veían obligadas á proseguir la lucha. La coalición pareció cobrar durante algún tiempo nuevas esperanzas, cuando se restablecieron los lazos de unión entre Guillermo III y la corte de Inglaterra mediante el matrimonio de aquél con María Estuardo, la hija protestante del católico duque Jacobo de York y sobrina del rey Carlos II, matrimonio de trascendentísimas consecuencias y base principal de la situación política de Europa desde fines del siglo décimoséptimo. Ya por de pronto parecía que había de producir por resultado inmediato la franca declaración de Inglaterra contra su enemigo Luis XIV. En efecto, el monarca inglés envió inmediatamente al teatro de la guerra en Bélgica, á Ostende y Brujas algunas tropas, y el Parlamento hizo al rey los mas espontáneos ofrecimientos, mientras en París, en el estupor del primer momento, el enlace del de Orange con la princesa inglesa era considerado «casi equivalente á la pérdida de diez batallas y otras tantas fortalezas (1)».

Pero en seguida los sucesos volvieron á tomar otro rumbo. La situación de los aliados en los Países Bajos españoles era desesperada: los españoles iban perdiendo su energía; la dirección de la guerra por parte de los holandeses confiada á Guillermo III y á Jorge Federico de Waldeck, que entonces estaba al servicio de Holanda, sentíase cada día mas debilitada ante la presión de la mayoría de los Estados generales que pedían con insistencia la paz y en los cuales levantaba nuevamente su cabeza el antiguo partido de los aristócratas. Mientras los ejércitos franceses conquistaban Gante é Ipern y ponían sitio á Mons; mientras Carlos II de Inglaterra, indeciso y vacilante, aplazaba de día en día la adopción de una resolución definitiva, el monarca francés ofrecía á los holandeses, como precio de la paz que también él deseaba, un tratado de comercio muy beneficioso para ellos y la completa integridad de su territorio, y aun se mostraba dispuesto á evacuar á Maestrick, única plaza fuerte que conservaban los franceses en su poder.

¿Cómo era posible que resistieran á esta tentación los grandes comerciantes del Haya y de Amsterdam que tanto deseaban la paz? Los agravios mercantiles habían sido en otro

(1) Frase del embajador inglés en Francia, Montague, que cita Burnet en su *History of my own time* (Historia de mi tiempo), tomo VI, página 432.

tiempo la causa principal del rompimiento con Francia (2), y á la sazón el mismo Luis XIV se ofrecía á repararlos. En cuanto á los aliados, á quienes había acudido Holanda para que la salvaran y á quienes se le exigía que abandonara, para nada se les tuvo en cuenta. Con gran disgusto de Guillermo III firmóse un armisticio por seis semanas, y antes de que este plazo transcurriera ya se había elaborado el tratado de paz que en 10 de agosto de 1678 y con las condiciones estipuladas fué firmado en Nimega por Francia de una parte y de otra por la república de los Países Bajos Unidos. Poco despues (17 de setiembre), España siguió este ejemplo haciendo á Francia los sacrificios exigidos que ya no podía negarle, es decir, entregándole el Franco Condado y diez y seis de las mas importantes plazas de los Países Bajos españoles, Saint Omer é Ipern, Cambray y Cambresis, Condé y Valenciennes, Maubeuge y otras con cuya posesión la posición de Francia en su frontera del Norte casi resultaba inexpugnable, así para el ataque como para la defensa.

Con esto quedó disuelta la coalición: Luis XIV, aislando á sus enemigos entre sí, triunfó de todos ellos. Tenía todavía enfrente como enemigos al emperador, al imperio, á su aliada Dinamarca, á Brandeburgo y á los príncipes alemanes que habían tomado parte en la conquista de Bremen y de Verden, es decir, á los de Brunswick y al obispo de Munster (3). Pero, separadas de la coalición España y Holanda, ¿podrían los aliados proseguir con probabilidades de éxito la guerra contra Francia?

Existía á la sazón en el gabinete de Viena un partido, cuyo jefe era, según se decía, el sabio canciller Strattmann que hacia poco había dejado el servicio de Neuburg del Palatinado para entrar al del emperador. Este partido pedía resueltamente la prosecución de la lucha y la recomendaba como el mejor medio para lograr que el emperador ocupara respecto del Imperio el puesto que le correspondía. Un documento oficial procedente de aquellos círculos decía que en el Imperio no había mas que un «Estado majestuoso,» á saber, Austria; que todos los demás príncipes eran simples «príncipes locales,» incluso el de Brandeburgo, con ser éste el que mas se aproximaba al Estado «majestuoso;» que el soberano imperial de Austria debía dirigirles á todos, limitando del modo debido el exceso de derechos de soberanía sancionado por la paz de Westfalia con respecto á las relaciones con el extranjero y uniendo á todos los príncipes alemanes, católicos y protestantes, en una alianza imperial bajo su jefatura. De este modo Austria sería dueño del Imperio, siendo la guerra imperial la mejor coyuntura para la realización de estos planes (4), que, como se ve, no eran sino una nueva edición del pensamiento federativo tan traído y llevado en aquella época, que había de servir para fundar la omnipotencia de Austria en Alemania. Para llevar á ejecución esta idea habíanse entablado ya negociaciones previas con algunos príncipes alemanes.

Pero estos planes de unión no podían tener mejor éxito que todos los demás cuyo fracaso hemos visto. En la corte imperial no eran mas que una tendencia al lado de otras varias, y como era natural, enfrente de estos planes germánicos de hegemonía había otros que llamaban la atención sobre el curso de la guerra imperial contra Francia, sobre la

(2) Véase mas arriba.

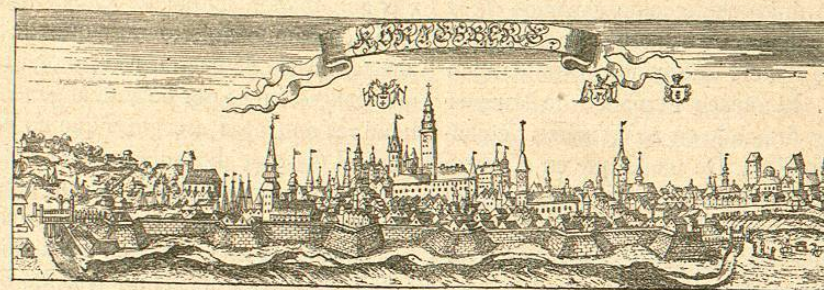
(3) El obispo Cristóbal Bernardo (de Galen) falleció en setiembre de 1678, sucediéndole el que hasta entonces había sido su coadjutor, Fernando de Furstenberg (de otra línea de la familia que la tan á menudo mencionada de los Egones).

(4) Krones: *Manual de la historia del Austria*, tomo III, pág. 580; Droysen, tomo III, pág. 400. Sobre este particular los datos austriacos ofrecen mayores detalles.

revolución de Hungría, no vencida aun del todo, y sobre la probabilidad cada día mayor de una guerra turca, sin contar con la tradicional envidia contra Brandeburgo. El elector Federico Guillermo aconsejaba con insistencia la prosecución de la guerra contra Francia, y destruido, como lo estaba ya, el poderío sueco, ofrecíase á tomar nuevamente y con toda energía parte en la guerra del Rhin, á la cual podría destinarse sin grandes dificultades y merced á la unión de todas las fuerzas un ejército de 80,000 hombres. Pero en Viena prevalecía cada vez mas la opinión contraria. ¿Qué ventajas podía reportar una lucha contra Francia, sobre todo desde que España había renunciado á ella? Teniendo á la espalda la rebelión húngara y á los turcos, ¿había de proseguirse la proyectada guerra solo para ayudar á Brandeburgo á asegurarse la posesión de Pomerania? ¿Estaba obligado el emperador á continuar la guerra únicamente para engrandecer á los demás? Al influyente canciller áulico Hochoer se le atribuyó

la siguiente frase: «no está en el interés del emperador que surja en el Báltico un nuevo rey de los vándalos (1).» La corte imperial tampoco tenía á su disposición á los demás grandes príncipes alemanes: los de Brunswick seguían su propio camino y continuaban la lucha para que los príncipes fueran iguales al elector en punto al derecho de embajada y al ceremonial, y no pensaban ni remotamente en dar al emperador una jefatura mas potente de aquella á que hasta entonces habían estado sometidos. Los electores de Sajonia y de Baviera tenían entabladas activas negociaciones que Francia favorecía y que tendían á la formación de un tercer partido y á la imposición de la paz, é iban por tanto dirigidas especialmente contra Brandeburgo y en segundo término también contra el emperador (2).

En la corte imperial ganaba cada día mas terreno la opinión que quería buscar la solución de todo este embrollo en una pronta paz con Francia, por muy humillantes que fuesen



Vista de Königsberg, en 1680

Facsimile de un grabado de la obra de Crist. Hartknoch, *Prusia antigua y moderna*

las condiciones que la corte de Versalles impusiera, y por mucho que lastimara la dignidad del emperador y el honor del Imperio la exigencia de los franceses de tener franco paso por el territorio imperial para imponer la paz en el Norte. No describiremos detalladamente las fases por que pasaron tan tristes negociaciones: baste saber que en 5 de febrero de 1679 firmóse la paz entre el emperador, Francia y Suecia, paz que fué también firmada por los embajadores imperiales en nombre del Imperio, sin que á ello precediera la autorización de éste. Algunas semanas despues (21 de marzo), la paz de Nimega fué aceptada por el Imperio con un solemne voto de gracias dado al emperador por su laboriosa dirección, pero no sin que antes el soberano declarara también solemnemente que la circunstancia de no haberse dado al parlamento intervención en las negociaciones para la paz, circunstancia motivada por la precipitación con que por necesidad había tenido que procederse, en nada afectaba al derecho reconocido á los Estados del Imperio (3). Inmedia-

tamente (29 de marzo) los dos tratados de paz recibieron la ratificación imperial.

Es muy creíble que el emperador Leopoldo, según refiere su biógrafo, recibiera con cierta vergüenza la noticia de lo concertado en Nimega y que con semblante torvo y con pocas y entrecortadas palabras rechazara las felicitaciones que se le dirigían (4). Aquella paz no era sino una renovación de la de Westfalia, de 1648; el estado de cosas por ésta creado debía subsistir invariable. El monarca francés únicamente renunciaba á la plaza fuerte de Philippsburgo que en el curso de la guerra habían conquistado los alemanes, pero en cambio retenía en su poder en la orilla derecha del Rhin la de Freiburg en Breisgau por él ganada, la antigua ciudad de los Habsburgos. Al duque Carlos de Lorena debía ponerse nuevamente en posesión de su territorio, aunque debiendo ceder á Francia á Nancy, la ciudad y el prebostazgo de Longwy y el terreno necesario para cuatro grandes vías militares, y pudiendo conservar, como compensación de estas pérdidas, la ciudad de Toul. Sin embargo, no pudieron llevarse á la práctica estas estipulaciones porque el duque Carlos se negó á aceptarlas, prefiriendo por de pronto, y en espera de ocasión mas favorable, renunciar á sus dominios hereditarios y continuar al servicio militar del emperador (5). A los leales partidarios de Francia, el obispo de Estrasburgo Francisco Egon de Furstenberg y su hermano Guillermo Egon, prometió el emperador la restitución íntegra de todos sus bienes y dignidades. El emperador y el Imperio obligáronse, además, por lo que se refería á la guerra del Norte, que aun duraba, á no prestar auxilio alguno á los Estados aliados

(4) Wagner: *Hist. Leopoldi Magni*, tomo I, pág. 468: *Torvo prater solitum supercilio, paucis abruptisque verbis.*

(5) Por su casamiento con María Leonor, viuda del rey de Polonia Miguel Wisnowiecki y hermana del emperador Leopoldo I, había venido á ser cuñado de éste.



contra Francia y Suecia, es decir, á Dinamarca, Brandeburgo, Munster, y á los ducados de Brunswick, de Osnabruck, Celle y Wolfenbuttel. Francia obtuvo asimismo el derecho de conservar, hasta que se restableciera la paz en el Norte y como bases de operaciones contra los citados príncipes alemanes, ocho plazas fuertes en el Rhin, en el Mose-la y en el obispado de Lutich (1).

De modo que, á pesar de sus anteriores declaraciones contrarias, el emperador y el Imperio reconocieron el derecho de Suecia sobre sus territorios imperiales alemanes y permitieron que Francia hiciese valer el derecho de su aliada á defender sus posesiones por medio de la fuerza, es decir, á continuar la guerra contra los Estados del Imperio que á reconocerlo se resistían. La mayoría de éstos, sin embargo, se sometió ante fuerzas tan superiores: los duques de Brunswick firmaron el mismo día que el emperador, es decir, el día 5 de febrero de 1579, la paz de Celle con Francia y Suecia, restituyendo los territorios conquistados de Bremen y Verden y conservando únicamente como ganancia de la guerra la bailía de Thedinghausen y el prebostazgo de Dorverden, amén de 300,000 thalers que como indemnización les pagaron los franceses. El obispo Fernando de Munster siguió pronto este ejemplo, firmando en 29 de marzo siguiente una paz aun menos ventajosa. De modo que en el teatro de la guerra solo quedó al lado del rey de Dinamarca el príncipe Guillermo de Brandeburgo.

Durante las negociaciones de paz que dejamos expuestas, el elector, que procuraba se prolongasen lo mas posible, tuvo que sostener una última lucha contra Suecia, la brillante campaña de invierno en Prusia, que fué el término de su carrera militar.

Desde los comienzos de esta guerra la política francesa había acariciado el proyecto de una invasión sueca en el ducado de Prusia, apoyada, á ser posible, por la corona de Polonia, á fin de que el de Brandeburgo se viera obligado á distraer sus fuerzas en aquella parte la mas distante de sus posesiones. Habiendo fracasado completamente la invasión de la Marca, fracaso que llevó consigo la pérdida de Pomerania, la única manera que tenía Suecia de causar daño, si quiera en un punto, á su triunfante adversario, era atacar á Prusia desde Livonia.

Mas para que tal empresa, intentada por las debilitadas fuerzas suecas, tuviera buen éxito, era precisa la cooperación de Polonia, y así se había ya reconocido en el primitivo plan. Obtenida esta ayuda, y sobre todo si una escuadra francesa se presentaba en las costas de Prusia, sería posible envolver allí al elector en dificultades muy peligrosas para el poderío que hasta entonces con tanto esplendor había conservado. Pero esta ventaja no pudo lograrse, pues por mucho que pudieran halagar al rey Juan Sobieski las insinuaciones que el embajador francés Bethune le hacia respecto del ducado de Prusia arrebatado á su corona por el Brandeburgo, herida que á la sazón se presentaba ocasion de cicatrizar (2),

(1) Los dos tratados de paz, con Francia y con Suecia, firmados en 5 de febrero de 1579, han sido publicados muchas veces, entre otras, en las *Actes et Memoires des negociations de la paix de Niméque* (tercera edición, La Haya, 1697), tomo III, pág. 405, y en la *Colección de decretos del Imperio*, tomo IV, pág. 121.

(2) Instrucciones francesas para el marqués de Bethune, fechadas en 10 de abril de 1676: «La soberanía de esta provincia es casi la única herida que conserva Polonia de la situación extrema á que se vió reducida en tiempo de Carlos Gustavo, rey de Suecia, y la que mas le interesa cicatrizar.» *Recueil des instructions*, tomo IV (Pologne), pág. 144. El marqués de Bethune era cuñado de la reina de Polonia y su principal ocupación en Varsovia consistía en apoyar secretamente la sublevación en Hungría, no faltando quienes le festejaran ya como futuro rey de esta nación. Véase Pufendorf, tomo XV, párrafo 9.

por mucho que esto pudiera halagarle — decimos — no se encontraba todavía en condiciones de romper abiertamente con tan peligroso vecino que, además, contaba con muchos y poderosos amigos entre los mismos magnates polacos, especialmente el general lituano Miguel Pac que se hallaba dispuesto en caso necesario á ponerse por sí y ante sí, con el contingente de Lituania, al lado de Brandeburgo.

De modo que Suecia para emprender el proyectado ataque se vió reducida exclusivamente á sus propios recursos. Despues de varias vacilaciones, el mariscal conde de Horn penetró en el ducado de Prusia á fines de noviembre de 1678, al frente de un ejército de 16,000 hombres. Mala era la época que para esta expedición se escogió, aun prescindiendo de los inconvenientes atmosféricos, pues precisamente entonces la toma de Stralsund y de Greifswald dejaba en completa libertad de acción al elector; mas por de pronto el territorio invadido contaba con muy deficientes medios de defensa. Las fortalezas estaban muy débilmente guarnecidas y el gobernador, duque de Croy, apenas disponía para la lucha en campo abierto mas que de las milicias del país puestas en pié de guerra. El elector, para hacer frente al primer peligro, envió por delante al general Gortzke con 5,000 hombres de tropas escogidas que no llegaron á Königsberg hasta el día 9 de diciembre.

Los suecos se diseminaron por aquel territorio casi sin encontrar resistencia, y al llegar á Memel pasaron de largo por delante de esta plaza en vista de que el comandante, Donhof, estaba firmemente resuelto á defenderla mientras le quedara un hombre, segun se le había ordenado. En cambio fueron ocupadas Tilsit y Ragnit, desde donde los invasores avanzaron y llegaron á los excelentes cuarteles de la fértil comarca que entre Memel y Pregel se extendía hasta Insterburgo, sin que las milicias resistieran el ataque. Temióse entonces por Königsberg, y por lo mismo Gortzke, que acudía á marchas forzadas, tomó posiciones en Welau, con cuantas fuerzas pudo reunir, á fin de proteger por lo menos á la capital.

A todo esto habíase ya puesto en marcha el elector para prestar ayuda á su amenazado ducado (3): aquel anciano príncipe, atormentado por la gota y por una grave enfermedad del pecho, no pudo á pesar de todo resolverse á confiar la dura campaña de invierno á uno de sus expertos generales y sentía comezon por ejercer personalmente su cargo como protector y vengador. Acompañado de su esposa y del príncipe electoral Federico, siguió muy de cerca al ejército, que se había adelantado á las órdenes del anciano Derfflinger. Las fuerzas que á toda prisa envió á Prusia componíanse de 9,000 hombres de infantería, caballería y dragones y 34 piezas de artillería, y para juntarlas tomó la mitad de los regimientos que tan valientemente se habían portado en las últimas campañas pomeranias, selección que produjo «tristeza y descontento,» segun se dice, con la particularidad de que los disgustados fueron precisamente los que debían quedarse.

El día 20 de enero las tropas del elector pasaron el Vistula por Marienwerder y llegaron á las fronteras del ducado, y en cuanto circuló por el país la noticia de su llegada, los suecos, que en el entretanto habían extendido sus cuarteles hasta el Alle en Bartenstein y Friedland, resolvieron emprender la retirada. El general sueco, segun parece, no pensó ni por asomo en la posibilidad de una resistencia ordenada en campo abierto; una gran parte de sus tropas se componía de elementos malos, reunidos precipitadamente y de

(3) A. Riese: *Campaña de invierno de Federico Guillermo, el gran elector, en Prusia y Samogicia*, 1678 á 1679, Berlin, 1864.

cualquier modo, y las enfermedades y las deserciones diezmaron sus filas, aun antes de empezar la lucha, de tal manera que apenas una mitad de ellas podía entrar en acción. Por estas razones se apresuró á ponerse en marcha para llegar cuanto antes á la protectora frontera.

Pero si rápida fué la retirada, no lo fué menos la persecución. Mientras por un lado Gortzke, saliendo de sus posiciones de Königsberg y Welau, pisaba los talones al enemigo fugitivo, por otro el elector salía de Marienwerder con el grueso de su ejército, el día 23 de enero. Era preciso no dejar escapar á los suecos sin que llevaran su merecido, cortándoles á ser posible el camino de la frontera y obligándoles á detenerse y á aceptar una batalla campal cuyo resultado no podía ser dudoso. Por esto la consigna era caminar á marchas forzadas. El ejército del elector, llevando delante la caballería á la que seguía la infantería en trineos, cruzó la helada superficie del lago, «haciendo retemblar aquel silencioso mundo de hielo» (1), en dirección á Königsberg, adonde llegó al tercer día de marcha (26 de enero). No se hizo alto en la capital: el enemigo llevaba gran ventaja, había llegado á Insterburgo y marchaba sobre Tilsit; y aunque Gortzke le seguía de cerca, como no contaba con fuerzas suficientes para detenerle, corríase el peligro de que Horn llegase antes que los brandeburgueses al camino que por Memel conducía á Curlandia, evadiendo de esta suerte la batalla exterminadora.

La cuestión estaba en detenerle por retaguardia con una enérgica persecución, cortarle al mismo tiempo el camino por el Norte y forzarle á un combate decisivo. El coronel Hennigs de Treffenfeld fué enviado con 1,000 jinetes para reforzar á Gortzke á fin de alcanzar al enemigo y hacer que se detuviera: aquel jefe cuya pericia en la dirección de expediciones estaba de antiguo probada, dió entonces nuevas muestras de su valía. En efecto, en la aldea de Splitter, no lejos de Tilsit, dió alcance á los suecos y lanzándose sobre su ala derecha llevó el terror á todo el ejército, que se declaró en fuga y que aquella misma noche salió de Tilsit, dejando allí todos sus víveres y municiones, y se encaminó por Memel hacia Coadjuten incesantemente seguido de cerca por Gortzke. Hennigs regresó adonde estaba el elector, llevando como botín de guerra diez banderas de dragones y dos estandartes.

El elector, entretanto, había salido el 28 de enero de Königsberg y por Labiau se dirigía al Kurischen Haff (Abra curlandesa), en donde también, para acortar el camino, se pasó por encima del hielo que cubría aquel ancho brazo de mar y que se había endurecido fuertemente á causa del frío á la sazón muy intenso. Prosiguiendo su camino, descansó aquel ejército en la aldea de Kukernese, en donde el elector tuvo noticia por Hennigs, que volvía victorioso, de la marcha del enemigo, é inmediatamente se dirigió á Heidekrug (31 de enero), con lo cual quedaba interceptado el camino por Memel que quería seguir el mariscal sueco. Encontrábase éste, por consiguiente, en la alternativa, ó bien de abrirse paso aceptando la batalla sin ninguna probabilidad de éxito dado el estado de sus tropas, ó bien de torcer hácia la derecha y atravesar los desiertos territorios de Samogicia, cubiertos de nieve, á fin de llegar por medio de este largo rodeo á Livonia y ponerse á salvo detrás de las murallas de Riga.

Decidióse por esto último y de esta suerte pudo salvar por lo menos al resto de su ejército de la humillación de tener que rendir las armas.

(1) Expresión de Carlyle en su ingeniosa descripción de la campaña en la *Historia de Federico II*, tomo I, pág. 280 de la traducción alemana.

El elector se lanzó en seguida en su persecución á fin de no dejar escapar al fugitivo adversario, penetrando resueltamente aquella misma noche (1.º de febrero) en territorio polaco; mas á pesar de ello no consiguió darle alcance con todo su ejército. Innumerables cadáveres y multitud de armas y pertrechos abandonados por el camino que seguía el de Brandeburgo, los muchos desertores que éste encontró y los prisioneros que hizo indicaban claramente que el ejército sueco se hallaba en estado de completa descomposición, por lo que el elector se contentó con encargar al general Schoning que lo persiguiera con 1,000 jinetes y 500 dragones. Estas fuerzas encontraron al tercer día de marcha al enemigo en Telcze, en donde Horn se aperció á la resistencia, trabándose un nuevo y sangriento combate que duró muchas horas y al cual puso fin la proximidad de la noche (7 de febrero). Schoning dió un día de descanso á sus extenuadas tropas y al otro continuó su persecución hasta llegar á dos jornadas de Riga, cuyos habitantes se preparaban ya á sufrir los horrores de un sitio. Horn con los restos de su desdichado ejército logró encerrarse dentro de los muros de aquella plaza fuerte livonia: de los 16,000 hombres con que había empezado la campaña quedábanle 3,000 solamente. En vista de ello, Schoning regresó con sus jinetes á Prusia atravesando la Curlandia.

Así terminó aquella admirable campaña de invierno que había durado doce semanas. La obra militar realizada por el elector y su ejército, que por la violencia de las marchas forzadas, por la furia irresistible del ataque y de la persecución y por la terrible derrota del enemigo recuerda la campaña de Fehrbellin; los rigores del invierno y la incesante caza en medio del frío mas intenso por interminables campos de nieve y rios, lagos y brazos de mar helados, prestan á esta lucha un atractivo especial de septentrional romanticismo. En pequeña escala, dice Carlyle, aquella campaña puede ser comparada con la inaudita lucha de retirada que ciento treinta y cuatro años despues había de sostener Napoleón.

Mas no por esto se desvió la suerte de la guerra. Cuando de regreso de su expedición triunfal llegó Federico Guillermo á Königsberg, tuvo noticia de la terrible derrota que para él significaba la paz de Nimega: él por su parte había vencido á su enemigo, pero sus aliados se habían separado de él abandonándole al poderío superior de Francia.

Entonces estalló una última y desesperada lucha. El elector estaba convencido de que con la deserción de sus aliados su causa era una causa perdida. La idea que se le ha atribuido de proseguir la lucha contra Francia y Suecia con sus propias fuerzas y sin mas alianza que la de Dinamarca, en la esperanza de que quizás volvieran á ponerse á su lado el emperador, el Imperio y los Países Bajos, pudo á lo sumo ser un pasajero impulso del momento, pues la realización de tal propósito habría sido política y militarmente imposible. Despues de cuatro años de guerras y de victorias, la situación del príncipe era mas penosa y mas irritante que la en que se había encontrado veinte años antes á raíz de la paz de Oliva; pero no le quedaba mas remedio que intentar por vías diplomáticas la salvación de una parte, por lo menos, de los territorios conquistados y de su honor militar.

Su tentativa solo en punto al honor militar tuvo éxito. El mariscal Crequi, que con 30,000 hombres se encontraba en las comarcas del Bajo Rhin, había recibido orden de obligar por la violencia al de Brandeburgo á ceder en su resistencia en el caso de que resultaran infructuosas las negociaciones con él entabladas. Como las tropas brandeburguesas no habían regresado todavía de la campaña de Prusia, el